

ALBUM LITERARIO,

PERIODICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Publicase los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Su precio en Madrid 4 rs. al mes y 10 trimestre. Se suscribe en la redaccion, calle de la Encomienda, núm. 8, cto. principal, y en las librerías de la Viuda de Vazquez é hijos, calle ancha de San Bernardo, 17; en la de Cuesta, Mayor; y en la de Durán, calle de la Victoria.

En provincias 14 rs. trimestre, dirigiéndose á la redaccion y girando libranzas de fácil cobro á favor de la misma - ó en sellos de franqueo.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias que no hubiesen abonado el importe del presente trimestre, se servirán remitirlo á la mayor brevedad.

POR LA REDACCION.

MANUEL GAYA Y MARZAL.

Breve reseña de la literatura Española.

(Continuacion.)

Debemos, sin embargo, lamentar el contagio de los galicismos, que entorpecen los progresos de pureza y propiedad en las palabras y lenguaje. Escritores novelos, ó por mejor decir, traductores atrevidos, que no conocen el francés ni el castellano mas que por la corteza, han y están corrompiendo nuestra hermosa lengua con traducciones de frívolas é inmorales novelas y dramas y comedias monstruosas del Boulevard francés. Estos y otros, que tan poca estima hacen de su patria, deberán leer el tratado de *Elocuencia Española* del incansable Capmani y al autor de la *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*.

Las obras clásicas, en que sobresalen mas las cualidades ya dichas de la literatura de esta época, son las siguientes: El célebre y nunca bastantemente alabado *Informe sobre la Ley Agraria*; los *Elogios* de

D. Ventura Rodriguez y Carlos III, y otras obras debidas á la laboriosidad y talento de Jovellanos; el *Discurso sobre las penas*, de Lardizabal; la *Vida de Cervantes* y el *Análisis del Quijote*, por Rios; *El Nuevo Robinson*, por D. Tomás Iriarte; y la *Vida de Ciceron*, por el Sr. Azara. En verso, las *Poesías* de Melendez Valdés, cuyo lenguaje poético, eleccion acertada y feliz de palabras para espresar la armonia imitativa, ennobleciendo el estilo con su lenguaje figurado, su versificacion esmerada y correcta, eleccion de asuntos interesantes por su utilidad ó agrado, y su talento en la descripcion, hacen todas estas bellezas sean iguales, si no superiores, á las de nuestros mas clásicos autores. Puede decirse de este autor, que manejó con igual esmero y ha cultivado felizmente todo género de poesías cortas en castellano, escediendo sin duda alguna á todos los poetas antiguos en correccion y lenguaje filosófico; las *Poesías* del Mtro. Fr. Diego Gonzalez, tan hermano en la religion de Fr. Luis de Leon, como en candor, belleza y sentimientos tiernos; las *Poesías* de Cienfuegos, notables por la energia del estilo lleno de ideas, rico en el fondo y sembrado de bellezas descriptivas; las *Fábulas morales* de Samaniego, propias para el objeto que fueron escritas; las *Fábulas literarias* de D. Tomás de Iriarte, dignas de competir con las del anterior, y con el mérito de ser originales; las *Poesías* de Iglesias y sus *Letrillas satíricas*, llenas de bellezas literarias, aunque algunas son demasiado licenciosas é inmorales; las de los tres marinos Vargas, Arriaza y Mordefuentes. Las piezas dramáticas de Iriarte; la *Raquel*, de Huerta; la *Hermesinda* y otras de D. Nicolás Moratin; la *Numancia*, de Ayala; *El Café*, *El viejo y la niña*, y otras

de D. Leandro Moratin, llamado el Moliere del Teatro Español, pues aunque sus composiciones pecan de fáciles, sencillas y faltas de enredo, siempre serán modelo de naturalidad, gracia, sencillez en el diálogo y otras muchas prendas; varias piezas *dramáticas* y *poesías* de Martinez de la Rosa; y en fin, las *Poesías* del inmortal Quintana, notables por lo elevado de los pensamientos, por sus sentimientos, facilidad, blandura y armonía de los versos, por sus ideas elevadas, imágenes brillantes, rasgos enérgicos y tiernos y correcta versificación, por todo lo cual, será siempre mirado como el mayor talento de su época y restaurador de nuestro Parnaso. Su *Duque de Viseo*, y sobre todo *El Pelayo* es notable por su elevación de pensamientos, patriotismo y otras muchas bellezas dramáticas en que abunda.

Ultimamente, aunque no hubiese mas que la *Ley Agraria*, el tomo tercero de *Poesías* de Melendez, y las *Odas y poesías líricas* del gran Quintana, bastarian para asegurar una época brillante á nuestra lengua, y convencernos de su mejoramiento.

(Se concluirá.)

JOSÉ GARCÍA FLORES.

Rápida ojeada sobre la historia de la economía política.

(Continuacion.)

PRIMERA EPOCA.

Estado primitivo de las sociedades relativamente al asunto que nos ocupa. — Economía política entre los asirios, hebreos, indios, persas, medos, fenicios, egipcios, griegos y romanos.

El hombre es esencialmente sociable: sus infinitas necesidades, que no reconocen otro origen que su misma naturaleza, son una prueba evidente de su sociabilidad, y un argumento incontrovertible para destruir por completo la asercion de los que suponen que el hombre nació solo con sensaciones, y que el acaso, la necesidad, ó el interés, fué únicamente lo que le obligó á asociarse y ponerse en comunicacion con los demás de su especie. Su misma dignidad rechaza semejante teoria; porque no es posible concebir, supuesto ese estado natural de aislamiento, ni la existencia de las creencias religiosas, ni sus afectos, ni el ejercicio de su razon, que solo en la sociedad se desarrolla, ni aun hasta su misma libertad, que si esta consiste en el respeto á los derechos de cada uno, mal puede haber libertad en donde todos

tienen derecho á todo, en donde el capricho ó el deseo de uno viene á chocar con el capricho ó el deseo del otro; en donde de su ejercicio no resulta mas que la guerra, no es posible el orden y la armonía, no se concibe la idea de derecho ni de justicia. Además, si esa vida salvaje, si esa libertad natural que, algunos suponen ser el primitivo estado del hombre, fue modificada y restringida por la sociedad, hay que reconocer que todo progreso en sentido de la sociedad, que el cultivo de las ciencias y de las artes, cuyo fin es mejorar la condicion de la humanidad sociable, proporcionándola las mayores ventajas posibles, lejos de seguir ese rumbo, deberian dirigir todos sus esfuerzos en retroceder, á ese estado primitivo, espejo fiel de la naturaleza, prototipo de la libertad. Semejante absurdo, consecuencia de dicho principio, nadie es capaz de sostener. El estado de salvajería es la antítesis de la naturaleza del hombre; el estado de sociabilidad, su síntesis. La fórmula de la vida animal la encontramos en las bestias; la de la vida social en el hombre; y como el elemento moral es mucho mas superior en el hombre que el físico, como es el carácter distintivo de su superioridad sobre todos los seres creados, lo lógico, lo necesario es que la idea de hombre envuelva la idea de sociedad.

Los primeros anales de la historia del mundo, contenidos en el Génesis, monumento el mas antiguo de historia, nos presenta al hombre gozando en el Paraíso de todas sus delicias, pero con el encargo de guardar y de respetar el derecho y la justicia, manifestacion tácita de la sociabilidad del hombre. Caído en el pecado, fué cuando esto se presentó mas claramente, y el trabajo, como en castigo de su falta, pero castigo de un padre que procura por el bien de sus hijos, es á la vez que el medio de lavar su mancha, el instrumento puesto en sus manos para hallar su felicidad, porque con él encuentra la salud del alma y del cuerpo, perfecciona sus facultades y le pone en situacion de conocer lo que es y lo que puede. Asi ha podido la humanidad ir caminando paulatinamente al mejoramiento de su condicion, y atesorando multitud de verdades que las generaciones que nos han precedido, se afanaron por arrancar á la naturaleza; y ávida la presenta por aprovecharse de ellas, se apresura á perfeccionarlas y amplificarlas, legando á las venideras una herencia mucho mas pingüe que la que recibieron de sus predecesores.

La primera forma de asociacion civil la encontramos en la tribu, que es la reunion y agrupamiento de varias familias, para vivir en concierto, protegiéndose y auxiliándose mutuamente. Esto es muy natural; porque no bastando la sociedad doméstica á subvenir á la satisfaccion de todas las necesidades que la naturaleza del hombre reclama, es claro que los

lazos de familia, tanto mas fuertes cuanto mas sencillas las costumbres de un pueblo, debian servir de medio para unirse unos con otros, hallando en esta union mas elementos con que llenar su fin. Ahora bien; del mismo modo que la sociedad doméstica, base y fundamento de la civil, tiene necesidad de un jefe, de una autoridad, el padre, que al mismo tiempo que sirva de guia, y marque reglas de conducta á qué sujetarse, haga que la armonia y buen orden reine en ella, en la tribu, que no es otra cosa que una familia mas numerosa, se presenta la misma necesidad. ¿Y á quién conliar este poder, esta autoridad, sino á la persona que por sus muchos años, experiencia, valor ó cualquiera otra circunstancia notable, pudiera llenar esta mision con mas acierto, pudiera en lo que cabe personificar la figura del padre en la sociedad doméstica? Así sucede, en efecto; el mas anciano, el mas esperto, el que por su valor ó destreza se ha distinguido de los demás de la tribu, es el elegido para ser investido de las funciones de rey, de juez, de sabio, y hasta de sacerdote; en una palabra, es el escogido para hacer las veces de padre de la tribu.

Semejante forma de gobierno patriarcal, si bien la mas á propósito en la infancia de un pueblo, no es conveniente ni admisible cuando la sociedad adquiere mas cultura, cuando ha entrado en su periodo de virilidad; porque no es posible que el bien de la sociedad dependa de la voluntad ó del capricho de uno solo, que así como puede ser capaz de dirigirla con acierto, lo mas frecuente, y lo mas natural es, que, á pesar de su buena voluntad y sana intencion, degeneren su gobierno en el despotismo, y lo que es peor todavía, en la tiranía. Otras aspiraciones, otras necesidades, efecto del desarrollo de la tribu y de su mayor cultura, reclaman nueva organizacion social; y la ciudad primero, y despues la reunion de diversas ciudades, constituyendo el Estado, vienen á perfeccionar la sociedad civil, á presentar un cuadro mas completo de la sociabilidad humana.

Pero el Estado puede haberse formado de dos distintas maneras: ó por el concierto y acuerdo de los jefes de diversas tribus, que sin renunciar su poder y autoridad en cada una de ellas, se reunen para tratar de los asuntos comunes á todas, ó por medio de la conquista que un jefe de una tribu hace de otras, sometiénolas á su mando. Esto último, si bien lo mas comun, no por eso creo que sea lo mas lógico y natural. De todos modos, los principios políticos de aquellas primitivas edades, debian ser muy sencillos, y todos sus esfuerzos se encaminarian á sostener el equilibrio entre el orden físico y moral de los pueblos.

(Se continuará.)

JOSÉ M. SALETA.

LA DEUDA MAS OLVIDADA.

Pocos años há que vivia en Madrid un pobre castellano viejo, que siendo aun mozo y con regular salud, carecia del bien que mas general y seguramente disfrutaban los pobres, un sueño tranquilo.

Don Alfonso Zamora dormia siempre mal: tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le atormentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenia deudas Alfonso; le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguia en términos de no permitir reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debia, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¡Cuán feliz seré (decia á cada paso) desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban á D. Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida es un privilegio que solamente disfrutaban los ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razon que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de dia para cumplir sus obligaciones, y acongojábanse entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenian de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad y debilidad de carácter. Esta última, reasume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgraciado.

Padeció Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser menos que algunos camaradas suyos, mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, trabajando poco y dando lugar, con su excesivo encojimiento, á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era, pues, D. Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace hígamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede, y este para manifestar que necesita.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora, pero eran tales que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastín, un pastor y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan mas ó menos para el mastín; para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así, cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen con el nombre de incompletas, á falta de otro mas expresivo, el pretendiente que se contenta con menos (y regularmente suele ser el que menos vale) se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas á tiempo que Alfonso, recién emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir: la dotacion de la escuela, además de la mesa, se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres faenas, y el maestro mas exigente fué pospuesto al mas comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues haber hecho dos males con tan infeliz competencia, uno al maestro, y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce aÑiles llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde y aun agria, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos; y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano; y la madre, omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio, so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas era el caso que nuestro Alfonso, el cual enseñaba á escribir á la montañesa Heloisa, habia dado en mirar, con mas curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discipula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado, donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imágen, habia pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habiaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las

guardaba no con menos cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponian; cogieron las vueltas á la viuda, pues aunque nada lerda, no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fe eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera el desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho, y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro dia de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba muy niña para contraer matrimonio, salia la infeliz muy temprano del pueblo, encendidos los ojos, las mejillas cárdenas, despeinado el cabello y con merma. Un deudo cercano la llevaba á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el zarandeado Matusalen, y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge, mujer en efecto la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro, y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda, en visperas de desenviudar, habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo en efecto que fugarse de allí con grave riesgo de su persona: sus tiernos discipulos, á instancia de la rencorosa viuda, le despidieron afectuosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto, mas con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Peninsula. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con formal promesa á no volver á tocarla ni en un cabello, á no ser que se rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa, y excelente criatura, tenia un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si este se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamen-

tera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecía, húbole de oír su ordinaria exclamacion « ¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas! » y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que mas debiéramos esperar y que menos prevenidos nos halla, la de la muerte.

No fué, sin embargo, la sorpresa tan repentina, que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia, y sin escrúpulo de conciencia dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable Sr. D. Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos, de suegra si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores, fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas, pero no todos, y el opulento Sr. D. Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al dia siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. « ¡Esta noche si que duermo como una estatua! » dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto. « Ya no debo nada á nadie, por fin. »

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

« Ya lo entiendo, exclamó al levantarse, debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé donde para, y me es fácil favorecerle.

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

« Pero, señor, se preguntaba incesantemente, ¿qué me falta pagar aun? ¿Qué debo yo? »

« ¡Ah! sí: un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras. »

« Le concederé hasta donde mi renta me lo permita. »

« Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil ó imbecil. »

« Trabajaré para mi país en mejorar su sistema de agricultura. »

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: « Algo me falta que pagar, algo debo: ¿qué es? »

Pensó en Rosa por último.

« Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que la escribí. Voy á escribir de nuevo. »

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malisimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó varias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor, consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paziza insigne que habia recibido de él, y á la cual aun no habia correspondido volviéndole otra.

« Esta es la deuda que me faltaba satisfacer, prorumpió colérico; hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche. »

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

« ¿Qué deberé yo todavía? »

« Soy rico y soltero: ¿deberé casarme? »

« Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada. »

Madrugó Alfonso al otro dia para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba; hacia años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habian tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer, señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraría en el templo ó si retrocedería; volvió Alfonso á mirar, y con paso infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era en efecto, la misma Rosa, con menos frescura de tez que antes, pero con mas gracia en sus facciones y movimientos, convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra corte.

— ¡Rosa!

— ¡Alfonso!

—¿Cuándo ha venido usted á Madrid?

—Hace mas de tres años.

—No la he visto á usted nunca.

—Yo á usted sí, varias veces.

—Y ¿no ha querido usted hablar á su antiguo maestro?

—El maestro ni siquiera miraba á su alumna.

—¿Y madre?

—Enviudó otra vez, y vino á establecerse en Madrid.

—Y usted, Rosa, ¿está ya establecida?

—Hice una promesa en mi pueblo, y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

—¿Rosa! ¿Rosa! Usted será mia: yo no he podido amar sino á usted; usted sin duda no ha recibido mis cartas.

—Ahora sé que usted me haya escrito.

—Es preciso que sepa yo si su madre de usted las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda, para que descanse tranquilo. No sabe usted, Rosa, con qué desasosiego vive el que fué su maestro de usted y tambien su primer amante, su primer amor.

—Primero sin segundo, Sr. D. Alfonso.

—¿Es verdad, Rosa de mi vida? ¿Es posible?

—Mi madre podrá informar á usted mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre maestro de mi lugar, ha sido para mi preferible á los mas ricos hacendados de mi país.

—Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, criados, caballos, aduladores, envidiosos y reputacion de talento, porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

—¿Qué le desvela á usted?

—Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita: me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas he contraído, y á pesar de eso no hay noche que no sienta junto á mis oídos una voz que no cesa de repetirme: «Tú debes y no pagas, aun debes y no pagas, Alfonso.» Rosa, Rosa mia, dígnese usted aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue: «¿Qué debo ya?»

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y, acentuadas con singular y casi divina expresion, fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado usted lo que debe á Dios?»

Inclinó Alfonso la cabeza, cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

«¡Ah!» prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la ampana de la iglesia dejó oír el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno, y dijo á Rosa con acento agitado: «Entremos, Rosa, entremos; guíeme usted.»

A la misma hora, ocho dias despues, el velo de los desposados envolvía en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho nupcial, escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiracion de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro se apagó la respiracion, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

«¡Alfonso!» dijo en voz amorosa y baja.

«¡Alfonso!» repitió ya sobresaltada echándose fuera del lecho.

«¡Alfonso!» gritó fuera de sí de espanto.

El dormido no respondia.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido; pagada su última deuda, el sueño mas feliz habia cerrado sus párpados, el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigiliás que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan prescribible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Origen é institucion del teatro en Roma.

(Continuacion.)

La idea del teatro en Roma no tuvo una aceptacion general. Habitado el pueblo á las bárbaras emociones del Circo y del Anfiteatro, no sabia aun apreciar el delicado goce de las que nuevamente se le ofrecian. Además, el ciudadano romano cuyo hélico orgullo le mantenía en guerra continua con el mundo entero, familiarizado con las escenas de horror y desastre, contemplaba gustoso teñirse la arena con la sangre de los gladiadores, recordando la que habia vertido por sus propias manos en los campos de batalla. Tal vez al percibir las carnes palpitantes todavia, á sentir el contacto de los vapores sanguíneos, al hallarse envuelto de la nube de polvo levantada por lo combatientes, y en el instante de desgarrar sus oídos el estentóreo ¡ay! de la victima, se creyera transportado al colmo de lo sublime.

Vamos antes de explicar la influencia literaria de

la declamación teatral, á reseñar los lugares destinados para las representaciones públicas. Siendo, como hemos dicho, esta clase de espectáculos anejos al culto de los dioses, los edificios contruidos á este fin fueron primeramente contiguos á los templos, y dedicados á una divinidad del Olimpo, cuyo nombre llevaban. Como observamos hoy día, el plano primitivo del teatro, apenas ha sufrido alteración en su forma; de tal modo, que el antiguo semicírculo fácilmente podría ajustarse á la herradura de nuestras salas modernas. Tres eran las secciones ó recintos en que se hallaba dividida el área total del teatro, de los cuales el primero se designaba con el nombre de *scena* ó *pulpitum*, por estar elevado sobre el nivel del suelo, con el de *orquesta* el segundo, por verificarse en él las danzas y demás juegos coreográficos, y el otro le componían las gradas que debían ser ocupadas por los espectadores. Posteriormente, la orquesta sirvió también para colocar en ella los asientos de los senadores, como lugar preferente y mas cómodo. Además de estas divisiones capitales del teatro, habia otras varias accesorias y contenidas en ellas, de que hace mención Vitrubio en su *tratado de Arquitectura*.

Los espectáculos teatrales tenían lugar despues del mediodía; y tanto por dar libre paso á la luz como por impedirlo las enormes proporciones del local, los teatros no estaban cubiertos, si bien en el verano solia estenderse sobre ellos un toldo inmenso de púrpura, que servia de defensa contra el rigor canicular.

En cuanto á la decoración de la escena, desde un principio se advirtió la necesidad de que fuera propia y arreglada al pensamiento del autor, solo que allí la naturaleza suplía los artificiales efectos de nuestra maquinaria. Así, cuando se queria representar la plaza de una ciudad, se edificaban fachadas y monumentos de piedra; cuando un palacio, altos pórticos y soberbias graderías de mármol, y cuando el interior de un bosque, verdaderas encinas trasplantadas.

Luciano, el clínico, cuya lengua mordaz nada respetó de divino ni humano, hace la descripción ridícula de los trajes de que se servían los actores griegos. De estos pasó á los romanos la costumbre de aumentar las proporciones del cuerpo, debida sin duda á la preocupacion de que los héroes habian sido de formas gigantescas, ó por exigirlo así la óptica de aquellos vastos teatros. A este fin se destinó cierta clase de calzado, de suela enorme, llamado *coturno*, que elevaba la estatura del actor de un modo prodigioso. No contentos con esto, y para que el diámetro correspondiese á la altura, se abultaban y rellenaban el interior del vestido de lana ó estopa, con lo que vistos de cerca parecían verdaderos monstruos, pero no así á los espectadores de las últimas gradas desde

donde recobraban su tamaño natural. Cubriansc también el rostro con máscaras adecuadas al personaje que iban á representar, por lo que se las daba el nombre de *persona*. Las máscaras se clasificaban segun los géneros de declamación, en trágicas, cómicas y satíricas. Algunas de estas tenían en la boca cierto aparato acústico, que, modificando la voz del actor, la llevaba clara y distinta por todo el ámbito del teatro, pues de otro modo no se comprende cómo pudiera hacerse perceptible de una multitud de cien mil personas. El uso de la máscara debió derivarse de las primeras fiestas campestres, en las cuales los vendimiadores se solian embadurnar la cara con heces de vino, para hacer mas grotesca su figura. Hoy día la máscara ha degenerado en uno de los atributos del arte escénico.

(Se continuará).

CÁRLOS PIZARROSO.

AMOR Y DUDA.

DEDICADO A.....

En la edad del candor y la pureza,
En la edad que se ignora el padecer,
Admiré del amor tanta grandeza,
Y al anhelar su belleza
Vi en sueños una mujer.

.....
Soñé, sin saber por qué,
Y escuché lo que soñaba;
Soñaba, sí, que la amé,
Y gozoso me prendé
De lo que soñando estaba.

Al advertir mi soñar,
Hice del delirio alarde,
Y entre el amor y el dudar
Tuve el sueño que llorar,
Porque amaba ya muy tarde.

Lloré los tristes engaños
Que gozar creyera un día,
Y entre amor y desengaños
Luché en mis tempranos años
Cuando aun luchar no podia.

De mi tierno corazon
Calmar quise su quebranto;
Mas mi risueña ilusion
Solo afirmó mi pasión
Con amor, dudas y llanto.

Amor, sí, porque en mi anhelo
La soñaba mi destino,
Y admiraba que á este suelo
Bajaba del bello cielo
Para alumbrar mi camino.

.....
Mas quiso la estrella mia
Desechara mis clamores,
Y si mi pecho latía,
Latía mas desde aquel día
Que despreció mis amores.

Lloré mi suerte, y llorando
Quise calmar mi llorar;

Mas amaba suspirando,
Y fui, sin saber, labrando
Lo que no quise labrar.....

Otro mas feliz que yo
Gozaba ya sus caricias;
Otro que á sus piés lloró,
Y por eso antes gozó
De su amor dulces primicias.

Luchaba mi pensamiento
Sin saber qué decidir,
Y entre lloroso y contento
Plegarias elevé al viento,
Y me apresté á combatir.

Insensible y sin denuedo
A la lid me preparé,
Y con abrasante fuego
Exclamé gozoso, quiero,
Y luchando venceré.

Luché, si, con el amor,
Cuando aun luchar no podía,
Y olvidando mi dolor,
Con súplicas de amador,
La dije lo que sentia.

La dije mi frenesi,
Y la mostré mi locura;
Y dichoso conseguí
Aquel venturoso si,
Lleno de amor y dulzura.

Amor la juré anhelante,
Porque era todo mi bien,
Y con delirios de amante
Amaríe siempre constante
Ella me juró tambien.

Vivo gozoso esperando,
Lo que tal vez no veré;
Mas ya sabes que cantando
He de vivir recordando
Los sueños que disfruté.

Un alma sola tenemos,
Y en ella vivimos dos:
Juntos tambien moriremos,
Y del mundo triunfaremos
Yendo del destino en pos.

Solo emponzoña mi vida
La duda que desalienta,
Y mi esperanza querida
La miro triste y perdida,
Si tu desden me atormenta.

Mas perdona mi dudar,
Que solo será ilusion,
Y amor y duda cantar
Es tambien por recordar.....
Las huellas de mi pasion.

MANUEL GAYA Y MARZAL.

ESPECTÁCULOS.

CIRCO. Desanimadisimas por completo han estado en la presente semana las funciones escénicas de nuestros coliseos en general; en cambio, han dado paso á las grandes fiestas y bailes, que desde tiempo de los romanos se celebran todos los años; ninguna nueva produccion hemos visto representarse, pero se anuncian

varias para la mayor proximidad: entre ellas tenemos la gran satisfaccion de anunciar á nuestros lectores la comedia original de D.^a Gertrudis Gomez de Avellaneda, que, por ser de tan conocida escritora, creemos que será digna de elogio, y el público acudirá presuroso á ocupar todas sus localidades. Desde nuestra anterior Revista se han representado: *Antaño y Ogaño*, *El terremoto de la Martinica* y *Poderoso caballero es don Dinero*; distinguiéndose y sobresaliendo siempre por su indisputable mérito, la simpática Teodora y Romena.

NOVEDADES. Entre el Cielo y la Tierra se ha seguido representando sin interrupcion, y el público, reconociendo el mérito de este importante drama, sigue llenando sus localidades. Segun noticias, el violinista señor Daniel que ha llegado á esta corte hace poco, se presentará muy en breve á recrear al público con sus armoniosos acordes. Se piensa poner en escena el drama *Los amantes de Teruel*. Tambien se prepara el estreno de un nuevo drama produccion del Sr. Gutierrez Alba, titulado *Un dia de prueba*.

ZARZUELA. Han llegado á nuestros oídos rumores que creemos no sean del todo falsos, de que la empresa de este teatro ha elevado una esposicion al Gobierno pidiéndole privilegio esclusivo para la representacion de zarzuelas por un número determinado de años: nosotros á la par que nuestros colegas exclamamos: ¿Por qué razones? ¿Para qué objeto? ¿Con qué derecho? Estamos en el mismo caso: lo ignoramos; sin embargo, casi nos atreveriamos á abarcar en una sola respuesta las tres preguntas: tal es la de ejercer un monopolio en un género que no han inventado, y en el cual no han hecho ninguna clase de sacrificios, y si muy al contrario se han proporcionado grandes productos. ¿Qué triste es que se quiera ejercer una especulacion con las producciones de los ingenios! Cualquiera diria que habiamos retrocedido á los tiempos de las compañías reales y de los privilegios, en que el derecho de escribir se vinculaba en determinadas personas. Nosotros descartamos que el Gobierno desechase estas pretensiones, si es que son ciertas.

Damos la enhorabuena á la empresa, por haber contratado de nuevo al tenor Sr. Sanz. Nada podemos decir de *Catalina* y *Los Magyares*, por ser bastante conocidas del público.

TEATRO FRANCES. Este teatro, del que hasta ahora no nos hemos ocupado por falta de espacio, puso en escena en la noche del juéves dos vaudevilles: *Le croque poule* y *Brelan de trompiers*, en el cual hizo su primera salida Mr. Pascal. El público, entusiasmado por el reconocido mérito de dicho actor, le prodigó justas y merecidas muestras de simpatia. En la segunda pieza representó tres caracteres distintos: el de un inválido nonagenario, el de un sargento africano y el de un quinto, ó lo que es lo mismo, el abuelo, el padre y el nieto, interpretando con tal naturalidad los tres papeles, que hizo esclamar en gritos unánimes de aprobacion.

FRANCISCO QUIROGA DE BARCIA.

El editor responsable, D. ANTONIO NUÑEVALOS.

IMPRESA DE MANUEL GALIANO, Plaza de los Ministerios, 2.